

LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA DE 1898: LOS DESEMBARCOS EN DAIQUIRI, SIBONEY Y GUANTÁNAMO DE LAS FUERZAS NORTEAMERICANAS

Ricardo ÁLVAREZ-MALDONADO MUELA



Origen e inicio del conflicto



SPAÑA hizo todo lo posible por evitar la guerra con los Estados Unidos, pero éstos la querían. Políticos y militares norteamericanos consideraban que Cuba y Puerto Rico eran, por razones geoestratégicas, apéndices naturales de su país. Entre otras razones porque, si se abría el proyectado canal en Centroamérica entre el Atlántico y el Pacífico, la posesión de ambas islas sería esencial para el control del tráfico marítimo en el Caribe.

El relevó del moderado presidente Cleveland por MacKinley, que compartía las teorías de los expansionistas, constituyó un paso decisivo hacia la guerra. La prensa amarilla se encargó de soliviantar el sentir popular norteamericano en favor de los independentistas cubanos víctimas de los «inhumanos» procedimientos del general Weyler, cuyo valedor era Cánovas. El asesinato de éste trajo como consecuencia el nombramiento de Sagasta como presidente del Gobierno y la sustitución de Weyler como capitán general de Cuba por el conciliador general Blanco. Éste se encargó de implantar en Cuba el régimen autonómico concedido a la isla por las Cortes españolas en enero de 1898. Para contrarrestar sus favorables efectos políticos, MacKinley envió el *Maine* a La Habana. El 15 de febrero se produjo la fortuita voladura del *Maine* de la que culpó a los españoles.

Tampoco la prensa española contribuyó a calmar los soliviantados ánimos del pueblo español, justamente ofendido de las exigencias norteamericanas, pero totalmente desinformado por la misma prensa de nuestra inferioridad militar.

La retirada de embajadores y posterior ruptura de hostilidades tuvo lugar el 25 de abril de 1898.



El puerto y la ciudad de La Habana.

En la crisis que precedió a la guerra, Cervera con su escuadra fue enviado a las Antillas, el almirante Sampson con la suya se dirigió a las aguas de Cuba y Puerto Rico y el comodoro Dewey salió de Hong Kong rumbo a la bahía de Manila para destruir en Cavite la escuadra de Montojo.

La inferioridad naval de España respecto a los Estados Unidos era palmaria y, forzosamente, la superioridad de éstos tendría que ser decisiva en la contienda por una isla situada a más de tres mil millas de la península y a sólo setenta y cinco de Cayo Hueso en el extremo meridional de la Florida.

En los Estados Unidos, las teorías del Alfred Thayer Mahan fueron calurosamente acogidas por varios políticos de gran influencia que asociaron la filosofía de Mahan a la del «destino manifiesto» que ellos sustentaban. Producto de esta concordancia de criterios fue la ejecución acelerada de un formidable programa de construcciones navales que cosechó sus frutos en la década de los noventa, en la que la Marina estadounidense recibió sesenta y dos nuevas unidades, entre ellas cinco modernos acorazados de diseño básicamente británico y dos potentes cruceros acorazados.

En los planes norteamericanos nunca se consideró que la parte suroriental de la isla de Cuba pudiera ser el teatro de operaciones decisivo.

En dichos planes militares norteamericanos se contemplaba el bloqueo de Cuba y Puerto Rico, el ataque al tráfico marítimo español, la defensa de la costa y bases propias, el suministro de armas a los insurgentes cubanos y, como colofón, el desembarco y toma de La Habana.

Consideraban que la isla de Cuba no contaba con recursos suficientes para permitir subsistir en ella a su población y al Ejército colonial español que la guarnecía, por razón de la especialización de sus cultivos. Cuba necesitaba importar alimentos, especialmente harina, por lo que mediante el bloqueo podía ser rendida por hambre. Desde el punto de vista de la logística naval carecía de carbón mineral y no tenía medios para reparar averías graves producidas en combate.

Las numerosas partidas de insurgentes bien armadas por los norteamericanos hizo que éstos estimaran suficiente una fuerza expedicionaria de entidad Cuerpo de Ejército para la conquista de la isla, una vez desgastado y agotado por las guerrillas cubanas y por el bloqueo naval el Ejército español.

Toda esta prudente estrategia de desgaste era debida a que el mando norteamericano sobrevaloraba la capacidad militar de las Fuerzas Armadas españolas.

Por su parte, España entró en la guerra sin tener ningún plan. Parece que ni siguiera se pensó recurrir a la guerra del corso, como suele hacerse cuando la inferioridad naval propia es manifiesta y se dispone de bases en posición de flaqueo con las líneas de comunicación enemigas.

La inesperada e imprevista entrada de la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba, tras carbonear en Curaçao sin ser descubierta por la norteamericana, alteró por completo sus planes iniciales y atrajo la atención y el esfuerzo principal norteamericano hacia Santiago de Cuba, plaza mal fortificada, sin recursos para aprovisionar a los barcos de Cervera y en una región casi dominada por los insurgentes de Calixto García.

La escuadra de Cervera entró en Santiago el 19 de mayo de 1898 sin ser interceptada por los barcos de Sampson, que estaban parte de ellos en aguas de Puerto Rico, donde habían bombardeado San Juan, y otros todavía en el fondeadero de Hampton Roads frente a Norfolk (Virginia). Estas circunstancias desconocidas por Cervera no fueron aprovechadas por éste para salir de Santiago y dirigirse a La Habana. Poco después, la escuadra del comodoro Scheley, al conocer la presencia de Cervera en Santiago, estableció una estrecha vigilancia del puerto en espera de la llegada de Sampson.

Santiago de Cuba era una ciudad situada en el fondo de una magnífica bahía de unas cinco millas de profundidad con una canal de entrada intrincada y sinuosa con taludes escarpados en ambas orillas. Su boca estaba defendida por el castillo del Morro, al este, situado a sesenta y tres metros de altura, y por el fuerte de Socopa, al oeste, enclavado a cincuenta y tres. Santiago era un magnífico puerto natural pero no era una base naval. En Santiago no había carbón, la aguada de los barcos era difícil y los víveres escasearon muy pronto. Los últimos recibidos llegaron a bordo del *Mortera* el 25 de abril, pero un mes después un carbonero inglés fue interceptado cuando intentó burlar el bloqueo para aprovisionar a los barcos de Cervera. Las comunicaciones de Santiago con el interior a través de los pasos de sierra Maestra estaban cortadas por los rebeldes cubanos.

La situación de la escuadra de Cervera en Santiago era similar a la de Lezo en Cartagena de Indias en 1742, a la del Marqués del Real Transporte en La Habana cuarenta años más tarde y a la de don Juan Joaquín Moreno en Ferrol en 1800. Como en todas estas ocasiones, la escuadra de Cervera, bloqueada por fuerzas superiores, tuvo que contribuir a la defensa de la plaza con sus compañías de marinería y de infantería de Marina: mil doscientos hombres desembarcaron de los barcos para reforzar a las fuerzas del Ejército que ocupaban las posiciones defensivas establecidas por el gobernador militar, general Linares, para proteger la ciudad. Linares era el jefe del Cuerpo de Ejército que guarnecía la provincia cubana de Oriente con fuerzas en Guantánamo, Manzanillo, Bauano, Holguin, Nipe y Baracoa.

Al empezar la guerra, la fuerza expedicionaria norteamericana que se organizó en Florida se puso al mando del general Shafter. La concentrada inicialmente en Tampa contaba con 6.000 hombres. De acuerdo con los planes anteriormente citados, la intención era emplearla en apoyo de los mambises de Máximo Gómez que operaban en la provincia cubana de Pinar del Río, desembarcando en Mariel, en la costa norte de dicha provincia, es decir, en el extremo opuesto de la isla de donde se encontraba Santiago.

Dicho plan fue abandonado en cuanto la escuadra de Cervera se encerró en Santiago. Antes de que ello acaeciera, los norteamericanos ya habían realizado dos veces desembarcos en la isla. La primera, sin éxito, en Cabañas, al oeste de Santiago, donde las compañías desembarcadas del transporte *Sussie*, al mando del coronel Dorts, fueron rechazadas y obligadas a reembarcar. Otra expedición al mando del citado coronel a bordo del *Florida* consiguió transportar trescientos insurrectos y desembarcarlos al este de La Habana.

El 30 de mayo el general Shafter recibió la orden del Departamento de la Guerra de tomar Santiago y destruir la escuadra de Cervera, desembarcando con el apoyo de la flota en los puntos de la costa que eligiese.

Los desembarcos en Daiquiri y Siboney

En Tampa, Ivor City, Jacksonville y otros puertos de la península de Florida se fueron concentrando las tropas, el material y los transportes que iban a llevar a cabo la operación anfibia.

Las tropas, que constituían el V Cuerpo de Ejército, se encuadraron en dos divisiones de infantería, una de caballería desmontada, una brigada independiente y las unidades de ingenieros y de artillería complementarias. En total eran 17.000 hombres, 38 cañones de distinto calibre, 2.288 caballos y mulos y unos 200 furgones y carruajes. Hombres, animales y material fueron embarcados en 35 buques de transporté. El convoy lo componían dichos transportes, dos albiges, una plataforma flotante y dos pontones remolcados, de los que se perdió uno en tránsito. Los transportes llevaban a bordo unas 150 embarcacio-



Así vio el pintor Remington la carga de las tropas americanas en Loma de San Juan, al frente de Roosevelt, a caballo.

nes menores con las que se podían poner en tierra, simultáneamente, unos tres mil hombres.

El convoy, fuertemente escoltado, con buen tiempo y muchas precauciones por falsas informaciones recibidas sobre supuestas actividades de buques españoles en aquellas aguas, llegó a la costa sur de la isla de Cuba, frente a Santiago, a las diez horas del día 20 de julio, un mes después de haber entrado en este puerto la escuadra de Cervera.

Indudablemente la respuesta norteamericana había sido rápida y decidida.

Antes de la llegada del convoy, los barcos de Sampson habían bombardeado las defensas de Santiago, el 31 de mayo y los días 6, 13, 14 y 16 de junio sin ocasionar apenas daños.

El general Shafter y el almirante Sampson conferenciaron a bordo del *Segurança*. El almirante era partidario de que las tropas de Shafter atacaran por tierra los fuertes de la boca de entrada para que sus barcos penetraran por ella, levantaran las obstrucciones y defensas portuarias, llegaran a la bahía y destruyeran los barcos españoles. Shafter argüía que su objetivo era tomar directamente Santiago sin entretenerse en tomar primero los fuertes de El Morro y la Socopa. Shafter tenía razón; de haber procedido como proponía Sampson quizás hubiera tenido lugar una repetición de lo acaecido en La Habana en 1762, cuando los ingleses atacaron el castillo habanero del mismo nombre tan gallardamente defendido por Velasco.

En El Aserradero, al oeste de Santiago, ambos oficiales generales se entrevistaron con Calixto García que mandaba las partidas de insurgentes que operaban en esta región. El cubano aconsejó a los americanos que el mejor punto para desembarcar su ejército era Daiquiri, ofreciendo cuatro mil hombres para apoyar la operación.

Daiquiri era el puerto de salida del mineral de las minas de Vinent y Jara-

gua, explotadas precisamente por una compañía norteamericana. En Daiquiri había un cargadero de hierro y un pantalán de madera de cincuenta metros de largo. Además, el puerto estaba enlazado por ferrocarril con las minas. En la zona minera limitada por el triángulo, Daiquiri, Siboney y Firmeza en el interior, de donde salían las bocas de las minas de Jaragua, la compañía minera explotadora contaba con talleres, barracones, viviendas, enfermería y almacenes. Todas estas instalaciones estaban protegidas por una red de trincheras y blocaos construidos por los españoles para protegerlas de los ataques de los insurrectos.

Convencido por las razones del cubano, Shafter decidió que el desembarco se llevara a cabo en Daiquiri. El 21 de julio, un contingente de quinientos hombres de Calixto García fue transportado en barcos norteamericanos desde El Aserradero a Cuyabao, dos kilómetros a levante de Daiquiri. Dicho contingente, al mando de Castillo, tenía como misión atacar de franco y de revés a las tropas españolas que se opusieran al desembarco de las norteamericanas.

Sampson y Shafter acordaron que los barcos de la flota, aparte de prestar apoyo de fuegos en el asalto anfibio, bombardearan distintos objetivos de la costa a levante y poniente de Santiago: Juragua, Siboney, Aguadores, El Morro, Socopa y Cabañas. En esta cala quinientos insurrectos, al mando de Rabí, simularían un desembarco como acción de diversión. La flota debía, además, proporcionar cincuenta botes de vapor a la Fuerza de Desembarco para remolcar a las embarcaciones a remo.

Consolidada la cabeza de playa que se ampliaría con la ocupación de Siboney, todas las fuerzas de Calixto García se trasladarían desde El Aserradero a Daiquiri y desde ahí y desde Siboney el Ejército norteamericano avanzaría por Sevilla y El Pozo hacia Santiago.

Sampson distribuyó sus fuerzas de la siguiente forma: El *Scorpion*, el *Wixen* y el *Texas*, frente a Cabañas; el *Eagle* y el *Gloucester* frente a Aguadores; el *Hornet*, el *Helena* y el *Bancroft*, frente a Siboney; el *Detroit*, el *Castine*, el *Wasp* y el *New Orleans*, en Daiquiri. Los acorazados *Iowa*, *Massachusetts*, *Oregon* y *Texas* y los cruceros *Brooklyn* y *New York*, es decir las mejores unidades que tenía en servicio la Marina estadounidense, ocuparon sus zonas de vigilancia desplegados en semicírculo frente a la bocana de Santiago en previsión de que la bloqueada escuadra de Cervera intentara una salida para impedir el desembarco. El *Swance*, el *Osceda* y el *Wampatuck* llevarían a cabo faenas de remolque en la zona de desembarco.

El asalto anfibio se inició al amanecer del día 22 de junio. La guarnición española de Daiquiri, ante el temor de verse copada por los insurgentes cubanos, evacuaron el poblado y se retiraron a Firmeza. Daiquiri fue ocupada entonces por los cubanos de Castillo. A las nueve de la mañana, cuando partió hacia la playa el primer bote, la artillería naval abrió nutrido fuego contra Daiquiri, sin apercibirse, por la espesa bruma que envolvía la costa, de que ya estaba ocupada por fuerzas amigas. Afortunadamente para los cubanos, el

fuego naval fue tan ineficaz que sólo les ocasionó dos muertos. Las fuerzas de Castillo que ocupaban Daiquiri no fueron reconocidas como tales hasta que llegaron a tierra los primeros botes.

El desembarco, realizado sin oposición y con el valioso apoyo de los cubanos, sólo se vio entorpecido por la confusión originada por la aglomeración de hombres y acumulación de material en la playa.

La elección de Daiquiri como lugar del desembarco fue un acierto. Aunque el cargadero de hierro era demasiado alto para que atracaran a él embarcaciones menores, el pantalán de madera al que prendieron fuego la tropas españolas antes de retirarse pudo ser reparado por los ingenieros militares norteamericanos que sustituyeron las tablas quemadas. A él pudo atracar el transporte *Cumberland*, de poco calado, uno de los pontones remolcados desde Tampa y los botes remolcados por los de vapor de la flota.



Roosevelt con su uniforme de voluntario.

Los soldados regulares del ejército expedicionario desembarcaron bien uniformados, pertrechados y armados con fusiles Krag-Jorgensen; cada soldado con cien balas y ración de campaña para tres días. También disponían las unidades desembarcadas de varias ametralladoras. Contrastaban con los regulares un grupo de aventureros contratados entre pistoleros del «Far West» que constituían los llamados *Rough Riders*, al mando del teniente coronel Theodore Roosevelt que, más tarde, llegaría a ser presidente de los Estados Unidos.

Siboney fue evacuada por las tropas españolas tras el bombardeo naval a que fue sometida, siendo tomada por fuerzas de la 2.^a División norteamericana desembarcada en Daiquiri. Después desembarcaron directamente más tropas. En Siboney los ingenieros militares norteamericanos construyeron un nuevo embarcadero. Lo mismo hicieron en El Aserradero para embarcar y transportar a Daiquiri y Siboney contingentes de insurrectos.

El día 22 solamente pudieron desembarcar en Daiquiri 6.000 hombres, ya que por la tarde empezó a picarse la mar. Hasta el 24 por la tarde el grueso de la fuerza expedicionaria, a excepción de una brigada, no estuvo en tierra. Según el «Army and Navy Journal», ni Shafter ni su Estado Mayor sabían, ese día, donde se encontraba. Se averiguó que estaba todavía embarcada en los transportes a ocho millas de la costa.



El desembarco de la artillería de campaña tuvo lugar el día 26. Hubo batería que llevaba sus caballos, arzones, cañones, municiones y personal en distintos transportes, por lo que fue necesario componer el rompecabezas en tierra.

La artillería de sitio no se desembarcó hasta el día 2 de julio y hasta más tarde no pudo emplazarse frente a la plaza de Santiago por falta de medios de transporte adecuados para trasladar las pesadas piezas por los malos caminos existentes.

El desembarco del ganado por falta de suficientes pontones presentó, como en otras operaciones de desembarco anteriores, muchas dificultades. De los caballos y mulos que se lanzaron al agua para que alcanzaran la orilla a nado, se ahogaron cuarenta y cinco.

Fue un verdadero milagro que entre tanto desorden las bajas norteamericanas fueran únicamente de dos soldados ahogados. Pocas veces se ha llevado a cabo una operación de este tipo con mayor imprevisión y falta de planeamiento en el embarque, carga y desembarque de tropas y material.

Da idea de ello el hecho de que el transporte *Vigilanza*, al regresar a Long Island al terminar la guerra, se encontró con su bodega llena de sacos de víveres ocultos por el forraje cargado en Tampa. El *Breakwater* al llegar a Newport News el 15 de agosto tenía en sus bodegas cuarenta toneladas de medicamentos y material sanitario que debían haberse desembarcado. Hubo regimientos que estuvieron a media ración varios días, y heridos que no fueron atendidos.

El desembarco en Guantánamo

El desembarco en Guantánamo precedió al principal de Daiquiri, teniendo como objetivo proporcionar una base avanzada a la flota que bloqueaba Santiago.

La bahía de Guantánamo, amplia y con ancha boca, era por su configuración geográfica mucho más vulnerable que la de Santiago.

La guarnición española de Guantánamo la mandaba el general Pareja y cuando se retiraron hacia Santiago los destacamentos que ocupaban las posesiones mantenidas por nuestras tropas contra los rebeldes, en la provincia de Oriente, quedó aislada de las fuerzas de Linares.

La guarnición de Guantánamo estaba a media ración desde primeros de junio y en sus filas tenía buen número de heridos y enfermos.

Del estado de la defensa de la bahía de Guantánamo baste señalar que, el mismo día que se declaró la guerra, se comunicó al general Pareja que iba a llegar una comisión para decidir el emplazamiento más conveniente de las piezas de artillería de costa que se habían solicitado.

No es de extrañar que cuando llegaron los cruceros norteamericanos *Marblehead* y *Yankee* y empezaron a bombardear las inmediaciones y la playa de ésta no recibieran réplica alguna.

El 7 de junio desembarcó en dicha playa un batallón de marines de ochocientos hombres, al mando del coronel Hutington, reforzado con dos compañías de marinería de los cruceros. Los marines establecieron contacto con los cubanos de Periquito Pérez y sitiaron a las fuerzas de Pareja, que se hicieron fuertes en el recinto fortificado del poblado de Guantánamo. El enemigo dominó así toda la bahía y Caimanera, y cortó el cable que comunicaba Guantánamo con Santiago.

Pareja, con muy escasos víveres, resistió en Guantánamo hasta que se firmó la capitulación de Santiago, que incluía también a sus fuerzas.



La marcha hacia Santiago y la capitulación de la plaza

Abandonada la zona minera por las tropas españolas, el ejército expedicionario norteamericano desembarcó en Daiquiri y Siboney y los insurrectos

de Calixto García, que, por mar desde El Aserradero, fueron trasladados allí sin que los defensores de Santiago se percataran, se instalaron en ella como base de operaciones. De Siboney y Daiquiri partieron las columnas norteamericanas hacia Sevilla, poblado que ocuparon.

Sin embargo, Shafter no quiso apresurar su avance hacia Santiago hasta tener asegurado el aprovisionamiento de las fuerzas desembarcadas. Por ello, del 24 al 30 de junio no se llevó a cabo ninguna operación de importancia.

Menos un par de compañías de cubanos que Shafter retuvo para que sirvieran de guías a su ejército, el general norteamericano desvió a las partidas de insurrectos de Calixto García hacia las estribaciones meridionales de sierra Maestra para que atacaran Santiago desde el norte, mientras los norteamericanos lo hacían desde el este.

El 30 de junio Shafter instaló su Cuartel General en La Redonda, entre Sevilla y El Pozo. Sus fuerzas se desplegaron ese día para atacar al amanecer del 1 de julio las posiciones españolas de El Caney, Loma de San Juan y orillas del río Aguadores.

El Caney, defendido por quinientos hombres al mando del general Vara de Rey, resistió diez horas el ataque de fuerzas norteamericanas, muy superiores, ocasionándoles cuatrocientas cuarenta bajas entre muertos y heridos. Todos los hombres de Vara de Rey, menos ochenta que se replegaron hacia la sierra, murieron en el combate.

La Loma de San Juan estaba defendida por trescientos hombres, reforzados por una sección de artillería de dos cañones Krupp de 77 milímetros, que tuvo una actuación destacada frente a la artillería enemiga. El general Linares ocupaba una posición a unos 800 metros de la Loma de San Juan, en el cruce de caminos de El Pozo y El Caney, donde estaba el fuerte de Canosa, guarnecido por dos compañías de infantería y un escuadrón de caballería.

Los americanos, con unos ocho mil hombres, atacaron la Loma de San Juan. Fracasado el intento de tomarla de frente intentaron envolverla, lo que, inicialmente, impidieron las fuerzas de Linares. Deshechas estas últimas, acudió en su auxilio una compañía de infantería de Marina y marinería al mando del capitán de navío Bustamante. Linares fue herido. Vaquero murió sin que su cadáver pudiera ser identificado entre los muertos de la posición. Bustamante murió más tarde a consecuencia de un balazo en el vientre. La Loma de San Juan pudo ser tomada al caer la tarde por los norteamericanos. Los supervivientes del ejército español se retiraron a Santiago.

Aunque dueños de las posiciones de El Caney y la Loma de San Juan, el 2 de julio de 1898, los americanos, con 1.431 heridos en sus filas, se encontraban física y moralmente agotados y pensaban más en retirarse que en reanudar los ataques para tomar Santiago.

A las 6 de la tarde de este día se reunió en El Pozo un consejo de oficiales generales en el que Shafter propuso retirarse de las posiciones conquistadas y mantenerse en otras posiciones más a retaguardia. Se decidió consultar a



Guerrillas españolas rechazando el desembarco de las tropas norteamericanas en la costa de Cienfuegos (Cuba). (Dibujo de M. Alcázar).

Washington. El día 3 por la mañana, Shafter telegrafió al Departamento de Guerra diciendo: «Al aproximarme a la plaza hemos encontrado defensas fuertemente organizadas que me será imposible tomar con las fuerzas de que dispongo. Mi intención es retirarme y tomar posiciones a cinco millas aproximadamente entre el río San Juan y Siboney». El secretario de Defensa contestó oponiéndose a ello, ordenando a Shafter que conservara a toda costa las alturas de San Juan y prometiendo el envío de los refuerzos necesarios.

Este mismo día entró en Palma Soriano procedente de Manzanillo la columna del coronel Escanio, con 3.000 hombres, y abriéndose paso entre las partidas de Calixto García llegó a Santiago el día siguiente. Este refuerzo permitió a Cervera reembarcar en sus barcos las compañías de marinería e infantería de Marina que tenía en tierra.

Este mismo día, por orden del capitán general de Cuba, general Blanco, salió la escuadra de Cervera, con los resultados por todos conocidos. La noticia de su destrucción levantó la decaída moral de los norteamericanos y hundió la de los españoles.

El general Linares, herido en Canosa, fue relevado por el general Toral.

La toma de la presa de Cuebitas que proveía de agua a Santiago agravó la situación de la plaza, en la que unos 8.000 españoles faltos de víveres hacían frente a 19.000 norteamericanos y 5.000 insurrectos cubanos.

Los americanos consiguieron emplazar frente a Santiago ocho morteros pesados. Con ellos y su artillería de campaña bombardearon la ciudad los días 9 y 10 de julio. Los daños fueron escasos: sólo consiguieron destruir cincuenta casas.

Percatado el general Toral de la imposibilidad de romper el cerco y abrirse paso hacia Holguín, donde estaba la guarnición española más cercana e importante, inició las conversaciones con Shafter para la capitulación con condiciones de la plaza. La capitulación se firmó el 16 de julio. Los cubanos recibieron orden de Shafter de no entrar en Santiago, y a Calixto García no se le tuvo en cuenta en las negociaciones.

Consideraciones finales

El envío de la escuadra de Cervera a Cuba no reportó a su defensa beneficio alguno. Lástima fue que el almirante no recibiera a tiempo la orden de regreso a España. Su entrada en Santiago hizo que el esfuerzo militar norteamericano se aplicara en la parte de la isla con más pobres defensas cuando las intenciones del enemigo se orientaban hacia el otro extremo de ella, más cerca de La Habana, centro de gravedad del poder español y única plaza cubana cuyas defensas habían sido remozadas y reforzadas durante el mandato del general Martínez Campos.

Los propios norteamericanos, una vez en posesión de las fortificaciones de Santiago de Cuba, quedaron asombrados de sus pobres y anticuadas defensas con morteros y cañones que databan del siglo XVIII, que tuvieron que ser reforzadas con cañones Hontoria del crucero *Reina Mercedes* al estallar la guerra.

Si la entrada de la escuadra de Cervera en Santiago creó a la plaza un difícil problema logístico, ya que no disponía ni de carbón ni de suficientes víveres para aprovisionarla, su inoportuna salida por orden superior y posterior destrucción quebró la moral de los defensores y sirvió en bandeja a los norteamericanos su victoria.

Respecto a la operación anfibia en Daiquiri relatada en el libro «In Cuba with Shafter», su autor, J. D. Miley, dice: «La falta de pontones y plataformas fue causa de retrasos, contraórdenes y riesgos y si el tiempo hubiera empeorado o el enemigo opuesto resistencia, el resultado hubiera sido completamente distinto».

Entendemos que no fue únicamente la escasez de pontones lo que complicó el desembarco, sino su deficiente planeamiento, en todas sus fases.

Los norteamericanos tuvieron la fortuna de contar con los cubanos de Calixto García. Éste les señaló el lugar más adecuado para desembarcar: Daiquiri con las instalaciones existentes en sus inmediaciones y, además, sus hombres ocuparon la playa antes de que pusieran pie en ella los desembarcados.

La importancia de la zona minera como posible base de operaciones de una fuerza de desembarco debió pesar mucho más en las decisiones del mando

español. Si se consideraba insostenible, debieron arrasarse previamente cargadero, pantalán e instalaciones que pudieran ser aprovechadas por el invasor.

Un dispositivo en cordón a lo largo de una extensa costa ante la amenaza de un desembarco no ofrece, generalmente, garantías de seguridad. Es preferible disponer de una reserva móvil en posición central dispuesta a acudir lo más pronto posible al lugar de desembarco antes de que se consolide la cabeza de playa. No parece que el mando español, agobiado por la escasez de las fuerzas que combatían a los cubanos, lo tuviera en consideración.

En cualquier caso, la causa principal del «desastre» hay que imputarla a la ceguera de unos gobernantes que no se percataron de que la defensa de nuestras últimas posesiones en ultramar sólo podía asegurarla una flota capaz de medirse con la del agresor en potencia. El programa naval de Barenguer y la adquisición de unidades con sobrantes de presupuestos no tenían parangón con el formidable rearme naval norteamericano, cuyo progreso se conocía perfectamente en España.

Cuando el conde de las Almenas clamó en el Senado contra los culpables de la derrota, a los que «había que arrancar de los pechos, muchas condecoraciones y subir muchas fajas de la cintura hasta el cuello», aludía naturalmente a los militares, pero ¡qué decir de los políticos, ya fueran civiles u oficiales generales!

Pocas veces ante la alta probabilidad de un conflicto que, el almirante Antequera, ministro de Marina en el bienio 1884-85, vaticinó entonces que tendría lugar a finales de siglo, la clase política de una nación se ha mostrado más frívola, incompetente e imprevisora.

España, aparte de no disponer de Marina capaz de medirse con la norteamericana, no tenía un solo aliado y, debido a la torpe defensa que hizo de su causa, se había enajenado a la mayor parte de la opinión pública mundial influida por la propaganda adversa.

Los Estados Unidos, con el pretexto de defender la justa causa de los secesionistas cubanos y filipinos, obtuvieron territorios que les permitieron apuntalar su situación geoestratégica dominante en el Caribe y en el sudeste de Asia. La *Splendid Little War* fue el primer paso hacia la futura hegemonía mundial de los Estados Unidos de América.

